



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DIARIO DE LA PRENSA DE LA REGIÓN

NUM 12430

PRECIOS DE SUSCRIPCIONES

En la Península — Un mes, 2 ptas. — Tres meses, 6 id. — Entran-
ero — Tres meses 11'25 id. — La suscripción se cutará desde 1.^o
y 16 de cada mes. — La correspondencia a la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

MARTES 14 DE ABRIL DE 1903

CONDICIONES

El precio será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
facil crédito. — Cont. especiales en París, A. Lorette, rue Gaumartin
61; y J. J. Lorette, Courbevoie-Montmartre, 81

EQUIPOS PARA NOVIAS RUIZ DE VELASCO MONTERA, 7, MADRID

Casa especial en toda clase de ropa blanca. Modelos de la más
alta novedad en camisas de día y de noche *sant de Lil* y enaguas de
vestir.

Especialidad en juegos de cama y mantelerías con incrustacio-
nes, bordados y encajes.

Colechas de muselina de la India, confeccionadas, con cifras, en-
tradosos y calados, estilo modernísimo.

Todas las ropas se cosen y bordan á mano.

PRECIOS FIJOS

SE ENVIAN CATALOGOS

Vuelta á lo mismo

Pasó la semana santa con su as-
pecto de suprema tristeza y sus pro-
cesiones mas ó menos brillantes
alusivas al drama del Calvario.
Hemos saturado de nuevo la me-
moria con las enseñanzas de aque-
llos dolores y amarguras padeci-
dos por el Hombre Justo, y al me-
ditar sobre aquel cúmulo de hor-
rores, hemos readquirido la res-
istencia que necesitamos para
hacer frente a las contrariedades
de la vida.

La fiesta de resurrección, cele-
brada anteayer, cierra el periodo
conmemorativo de la luctuosa tra-
gedia; y al salir de él volvemos a
lo mismo, a pensar en España, en
sus peligros, en el aislamiento en
que vive, en los esfuerzos que rea-
liza para renacer a vida nueva que
la haga respetable y respetada.

No ha acabado para esta nación
infeliz su semana de pasión. El

desastre colonial fué sólo una eta-
pa de la misma y con ser tan gran-
de, tan tremendo, aun no se ve el
final de esta cadena de dolores na-
cionales capaz por su rigidez y pe-
sadumbre de acabar con nuestra
esperanza y nuestra fé.

Pasean al presente por el mar
que rodea nuestra casa los repre-
santantes de dos naciones podero-
sas que interesan no poco en el
pleito marroquí y no se ha acerca-
do ninguno á saludarnos, demos-
trando con esto que entre ellos y
nosotros no hay nada de común.

Que esto es muy significativo,
maxime cuando en estos instantes
se desarrolla un incidente del ci-
tado pleito á la puerta de nuestra
vivienda y pudiéramos vernos obli-
gados a pedir la palabra, lo dice
la prensa, no ya la nacional que
pudiera al hablar de estos asuntos
inspirarse en intereses políticos,
sino la de allende las fronteras que
por estar lejos ha de ver los suce-
sos que se desarrollen con impar-
cialidad.

A las puertas de Melilla riñen
empeñados combates las fuerzas
del Sultan y del Roghi. Las balas
que se cruzan entre insurrectos y
leales llegan á nuestro campo, y la
superior autoridad de la plaza im-
pide que los españoles se acerquen
a los límites de nuestra posesion
para evitar motivos de reclama-
ciones. Pero esa orden que es una
medida de prudencia que alaba-
mos, puede no ser bastante á im-
pedir que surja algun conflicto.
Marruecos no es un pueblo civil-
izado. El Roghi que acantiló la
parte mas fanatizada de aquellos

naturales, alienta el odio contra
los cristianos y el Roghi va á lle-
gar con su ejército á las inmedia-
ciones de Frajana y esta está lin-
dada con el campo español.

Seguramente si hay una agre-
sion por parte de los moros sobre
lo que constituye en Africa nues-
tra propiedad, se repelera con la
dureza necesaria, cueste lo que
cueste.

¿Pero costará mucho? Si ese ca-
so llega, ¿quedará reducido á una
esclaramanza con los moros ó sera
ese esclaramanza el fulminante pues-
to al almacén de explosivos que re-

presenta para Europa la eterna y
peligrosa cuestión de Marruecos?

Seguramente los momentos ac-
tuales son de preocupacion honda.
Tal vez no ocurra nada porque
al Pretendiente no le tiene cuen-
ta crearse dificultades exteriores
cuando tan empeñado esta en la
guerra contra el Emperador. Pero
puede ocurrir á despecho de to-
dos.

Razón hay para abrigar temo-
res, porque de nada sirve la pru-
dencia cuando se interpone la fatali-
dad.

AUTOBIOGRAFIA (1)

Al Director de *Pluma y Lápiz*.

Aunque contar mi vida no viene á cuento,
A su insistente ruego no soy de roca.
¿Quiere usted mi semblanza? Pues va al momento.
¿Quiere usted más? Pues pida por esa boca.

En Murcia, donde hallaron florida cuna
Romea, Selgas, Cascales, Polo y Salicillo,
Ha más de medio siglo, por mi fortuna,
Miré por vez primera del sol el brillo.

No bien abrí los ojos, cuando en el lecho
Mi madre me brindaba calor y vida,
De nuestra alcoba abajo se vino el techo,
Sin duda para darme la bienvenida.

Resultamos ilijos y hoy me exaspera
Que el techo no me hubiese dejado muerto,
Pues ya que de mi vida dió fé, debiera
Haber dado enseguida fé de mi muerte.

Fué mi primer maestro don Juan Trigueros
Y fueron en su escuela colegas míos
Díaz Casca, titulado de los primeros
Y Madridal, poeta de grandes bríos.

Formado de cada tes en un enjambe,
Ingresé en el Colegio de Artillería,

(1) De Carlos Cano, publicada en el libro *Hojas secas literarias*,
de dicho autor.

A la vez que Liguera y que Lachambre,
Que hoy son dos generales de gran valla.

Allí al par que en catetos ó hipotenusas
Dí pruebas evidentes de mis progresos,
Empecé, sin sabores dando á las musas,
A disparar quintillas y otros exocos.

Del 22 de Junio la cruel jornada
Me hizo que entrara en fuego por vez primera
Y desde entonces llevo siempre grabada
En el fondo del alma mi fé artillera.

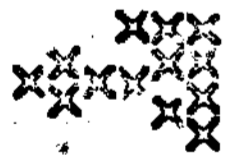
Del tercer Regimiento siendo ayudante,
Presencé las reñidas oposiciones
Donde Chapí, aun imberbe, salió triunfante
De director de banda con los galones.

Asistí á las reuniones de Ramón Chico
De Guzmán, cuyo número dejé honda estela,
Y allí admiré el ingenio fecundo y rico
De Luján, Sánchez Pérez, Pace y Silveira.

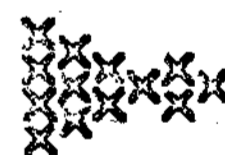
Antigo de batallones de creoles varios
Colaboré en los diarios más principales,
Sin mirar si eran rojos ó reaccionarios,
Sin ver si eran carlistas ó liberales.

Y la atracción sintiendo de las quintillas
Toqué del periodismo las cuerdas todas,
E hice artículos, versos y gaceticillas
Y revistas de teatros y hasta de modas.

Elaborando pólvora pasé diez años,
En ellos preconcibiendo dos voladuras,
Y aunque ninguna de ellas me causó daños
De volar me ví cerca por las alturas.



Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.



185

LA MUERTE

El se paró y dirigió una mirada á las filas...—¡No,
pasa por encima!

Y continuó su paseo á largos pasos á fin de llegar
en diez y seis al lindero.

Un silbido, un choque. Una bomba hizo un toyo en
la tierra seca, y desapareció. Acometióle un escalof-
río involuntario, y de nuevo miró á las filas; sin du-
da habían caído muchos hombres, porque delante del
segundo batallón se había formado un gran grupo.

—¡Caballero edecán — exclamó — prohibid que se
agrupen los soldados!

El interpelado obedeció y se acercó al Príncipe. Ha-
cía él venia por la parte opuesta el jefe de batallón
á caballo.

—¡Cuidado! — dijo en aquel instante un soldado lle-
no de terror.

Como un ave de vuelo rápido que se posa en tierra,
cayó una granada con un ligero choque á los pies del
caballo del jefe de batallón, á dos pasos del príncipe
Andrei.

El caballo, sin preocuparse de si estaba bien ó mal
manifestar su espanto, se encabritó, relinchando de
miedo, y echándose á un lado, estuvo á punto de de-
rribar al mayor.

—¡Eh! — gritó el edecán.

El príncipe Andrei permanecía en pie, dudando. La
granada, como una enorme peonza, giraba humean-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 184

ó tuviese que intervenir en él; se partaban los muer-
tos y heridos y luego las filas volvían á cerrarse. Los
soldados que se alejaban corriendo volvían en seguida.
Al principio, el príncipe Andrei había creído debe-
ber suyo animar á su gente y darles ejemplo reco-
rriendo las filas; pero pronto reconoció que nada tenía
que enseñarles. Como cada uno de los soldados, sólo
tenía con todas las fuerzas de su alma á d-sechar del
pensamiento lo horrible de la situación. Andaba por la
hierba pisoteada examinando maquinalmente el pol-
vo de sus botas. Unas veces, dando grandes pasos, se-
guía el surco trazado por los aradores; otras, con-
tando sus pasos, se preguntaba cuántos se necesita-
rían para pasar de un lindero al otro y para andar
una versta; otras, en fin, arrancaba las plantas de
ajo que crecían en el lindero del campo, y estruja-
ba entre los dedos las flores para respirar su aroma
amargo y fuerte.

Ya no quedaban en su mente huellas de los pensa-
mientos de la víspera; sin pensar en nada, prestaba
cansado oído á los mismos ruidos repetidos, al estallido
de las granadas y de la fusilería. A veces miraba
al primer batallón, y aguardaba.

—¡Ahí está! ¡También los cae encima! — gritaban
al oír acercarse un silbido y una ligera humareda.

—¡Una! ¡Otra! ¡Qué da!

LA MUERTE 181

las trincheras, y de repente tuvo la certidumbre de
estar aún vivo.

Una piedra le había herido ligeramente en la cabe-
za. Su primera impresión fué casi de pesar. Se había
encontrado tan bien, tan tranquila nento al ir á pasar
á la otra banda, que al volver á la realidad, la vista
de las bombas, de las trincheras y de la sangre le
fueron desagradables. La segunda impresión fué una
alegría inconsciente de sentirse con vida, y la tercera,
alearse cuanto antes del bastión. El tambor ven-
dó la cabeza á su comandante, y le llevó á la ambu-
lancia sosteniéndole por debajo del brazo.

Centenares de cuerpos, recientemente ensangren-
tados, y á los que dos horas antes agitaban diversos
deseos, esperanzas sublimes ó mezquinas, yacían con
los miembros rígidos en el valle florido y bañado de
rocío que separaba el bastión de la trinchera, ó sobre
el terso pavimento de la capilla de los muertos en Se-
bastopol. Centenares de hombres, con maldiciones ó
ruegos sobre sus labios secos, se arrastraban, se retor-
cían y se lamentaban, unos abandonados entre los
cadáveres del florido valle, otros sobre las camillas,
las camas ó el suelo húmedo de la ambulancia. Y á
pesar de esto, el cielo, como en días anteriores, se
iluminaba con los resplandores de la agrora porenol-